

Sé tú el libro

Por Michael A. Painter (*), Plainfield, IN

No, no quiero decir *El Libro de Urantia*, pero ¿sería estupendo si pudieras serlo!

Me inclino ante el espíritu interior, el fragmento de Dios, la luz interior, que está dentro de ti. Tal como dice el evangelio de Juan, "...la luz interior que ilumina a todo ser humano que entra en el mundo".

¿Puedes imaginar cómo sería el mundo si creyéramos de verdad que cada vez que interactuamos con otra persona estamos en la presencia de Dios a través de su emisario que vive dentro de cada uno de nosotros?

Me doy cuenta de que, como cristianos (como todos aquellos que creen en Dios y en la divinidad de Jesús) reconocemos esta idea y le damos nuestro asentimiento intelectual, pero a menudo nosotros mismos que decimos creer en ella no actuamos de manera que sugiera que "sabemos" realmente que es verdad, por no hablar de todos aquellos que ni siquiera incluyen esta idea en sus creencias. Y así, al igual que otras muchas ideas sobre Dios, la añadimos a nuestra colección de ideas intelectuales en las que decimos creer, y las llamamos nuestra religión. En este sentido, *El Libro de Urantia* puede ser una religión. Al igual que cualquier creencia intelectual sobre Dios, no hemos encontrado ninguna prueba absolutamente lógica de que sean verdaderas, y por eso discutimos, debatimos, condenamos e incluso guerreamos con quien posea el conjunto "verdadero" de creencias. O bien, si estamos de humor más ecuménico, "dialogamos" sobre quién posee el conjunto "más verdadero", y al menos damos la apariencia de que nuestra religión no es la única real.

La pregunta que se me ocurre es ¿por qué nuestra vía de acceso para conocer a Dios está tan dominada por nuestra comprensión intelectual de Dios? Nos hemos auto-limitados a leer la Biblia, *El Libro de Urantia* y otros libros "sagrados", a escuchar sermones y oradores, a ir a clases o asistir a seminarios, a ir a conferencias y retiros, y a participar en grupos de discusión -todas actividades intelectuales.

Mi respuesta es que nos han enseñado a pensar que nuestro intelecto es el camino principal, si no el único, para conocer algo. Yo incluso sugeriría que cuanto más potente es nuestro intelecto y más conocimientos adquirimos, mejores defensores somos del intelecto como único camino para conocer. Es la idea de que nuestra fuerza también puede ser nuestra debilidad.

Los científicos nos hacen creer que sólo el conocimiento empírico, el conocimiento descubierto a través de nuestros cinco sentidos, puede ser creído. Los filósofos sugieren que la razón, la herramienta principal del intelecto, es el único camino para conocer. Los religiosos nos dicen que aceptemos sus

enseñanzas porque proceden de una autoridad divina que no podemos poner en duda. La religión tiene a su favor el haber sido la guardiana de otra forma de conocer. Sin embargo, las religiones han perdido a menudo esto de vista como un tesoro que escondieron y que han olvidado dónde lo escondieron. Pero a lo largo de la historia, Jesús y los dirigentes religiosos como Buda, Teresa de Ávila, Tomás Merton y Jorge Fox, por nombrar a unos pocos, han estado llamando a reanudar la búsqueda de este tesoro escondido.

¿Cuál es este tesoro escondido? Es la “llave del reino” que abre la puerta a un sendero que nos conduce a la cima de la montaña para experimentar a Dios de una manera que trascenderá el simple pensar o creer que Dios existe por el “saber” realmente que Dios existe. Esta otra forma de saber es un saber interior. Es el reconocimiento interior de la verdad por parte de nuestra alma, en oposición con la comprensión intelectual de nuestra mente. Es nuestro espíritu interior de Dios haciendo brillar un faro de luz interior sobre la verdad cada vez que la descubrimos.

Imagina que estuviera tan oscuro que no pudieras ver nada, y que algo se iluminara de manera brillante. ¿No lo verías con una claridad excepcional mientras se destaca contra el fondo de una oscuridad total? ¿Alguien podría convencerte quizás de que no lo habías visto después de una experiencia tan fuerte? Éste es el tipo de conocimiento que se diferencia de la comprensión intelectual. Este tipo de conocimiento es el que nos da “la paz que sobrepasa toda comprensión”. Dice que hay una diferencia entre el conocimiento y la verdad.

Tomando un ejemplo de nuestro texto sagrado, *El Libro de Urantia*, nuestro intelecto nos dice que si un hombre puede esquilar una oveja en diez minutos, es lógico concluir que diez hombres podrán esquilar una oveja en un minuto. Pero sabemos que esto no es verdad.

En la vida diaria reconocemos fácilmente que para saber algo tenemos que experimentarlo. Imagina que un chico joven se acerca un día y te pregunta qué es el amor. Te emociona que te haya hecho una pregunta tan profunda e importante. Así que reúnes tus pensamientos y empiezas a explicar tu comprensión intelectual del amor. “Cuando un rayo de luz atraviesa un prisma, se divide en los siete colores del arco iris. Analizamos y aprendemos cosas sobre los siete colores para ver si podemos observar propiedades comunes que nos puedan ayudar a comprender qué es la luz pura. Cuando Dios envía el amor puro incondicional, pasa por el prisma de un ser humano. En lugar de colores, se manifiesta como tipos de amor tales como el amor por los hijos, los padres, los hermanos y hermanas, los amigos, los maridos y las mujeres, la humanidad, y Dios. Estudiamos estos diferentes tipos de amor para descubrir las propiedades comunes del amor puro y podamos sugerir una definición como “*El amor es el deseo de hacer el bien a los demás*”. (Página 648)

Mientras continúas tu discurso sobre todo lo que sabes “acerca” del amor, ¡observas que el chico se ha dormido! Entonces caes en la cuenta de que por muy buenas que sean tus definiciones y explicaciones, el chico nunca conocerá plenamente el amor hasta que no lo experimente. Así pues, espero que la pregunta que te estés haciendo ahora sea “¿Cuál es el método mediante el cual podemos experimentar a Dios y “saber” así que Dios existe?” Mi respuesta a lo que esos líderes espirituales iluminados han estado tratando de enseñarnos es que debemos dirigir nuestro viaje hacia dentro si deseamos experimentar la presencia de Dios y, una vez que experimentas esa presencia, sabrás realmente que Dios existe, contra el sólo creer con tu mente que Dios existe.

Hay una historia de un gran maestro que reunió a sus seguidores, los instruyó y los envió para que enseñaran la verdad a la gente de los pueblos. Un día aquellos instructores regresaron y se quejaron a su maestro de que la gente denigraba la verdad y no eran dignos de escucharla. El maestro les preguntó qué creían que debían hacer, y replicaron que esconderían la verdad hasta que la gente estuviera preparada para recibirla. El maestro les preguntó dónde la esconderían. Miraron a su alrededor y dijeron que la esconderían en el pico más alto de la montaña. Pero el maestro replicó que si pudieran ponerla allí, ¿no podría la gente encontrarla también allí? Entonces dijeron que la ocultarían en el fondo del lago. El maestro replicó de nuevo que si podían ponerla allí, ¿no podría la gente encontrarla también allí? Habiendo agotado sus respuestas, preguntaron entonces al maestro dónde la escondería él. Éste replicó: “¿Por qué no la ocultáis dentro de ellos, puesto que es el último lugar donde mirarán?” ¡Y así estamos condicionados a buscar fuera de nosotros las respuestas a las preguntas de la vida!

Cuando Jesús se enfrentó a sus momentos más difíciles sabiendo lo que tendría que soportar, se fue al Jardín de Getsemaní para estar a solas con Dios. Su yo humano sabía que esta conexión interior con Dios es la que le daría la fuerza, el coraje y la serenidad para atravesar su juicio y su crucifixión. No leyó un libro ni consultó a otros seres humanos. Pidió a algunos apóstoles que lo acompañaran, ¡pero éstos se durmieron! ¿Qué os parece si tomamos unos pasajes bíblicos que nos sirvan de guía? “El reino está en el interior”. ¿Se puede decir con más claridad? El Salmo 46, verso 10, dice: “Estad tranquilos, y sabed que yo soy Dios”. Creo que este pasaje significa exactamente lo que dice. No dice leed libros, escuchad sermones, asistid a clases y participad en discusiones. Nuestro *Libro de Urantia* dice: “De todos los conocimientos humanos, el que posee mayor valor es el de conocer la vida religiosa de Jesús y la manera en que la vivió” (página 2090) En mi opinión, la esencia de su vida religiosa fue la comunión diaria con Dios. No se conformó con utilizar solamente fuentes secundarias como textos sagrados y otras opiniones humanas; en lugar de eso se fue directamente a la fuente principal, a Dios, para buscar Su guía.

Pero no me malinterpretéis; me gusta y con frecuencia participo en todas las actividades intelectuales mencionadas anteriormente como una buena manera

de aprender “acerca de” Dios, pero ahora he llegado a darme cuenta de que sólo en la quietud de estar en comunión con la presencia de Dios puedo llegar realmente a saber “de” Dios.

Hay una historia sobre Gautama Sidarta, que llegó a ser conocido como el “Buda”, lo que significa el iluminado. Quizás ya conozcas su historia. Nació como joven príncipe en la casta más alta, o Braman, del hinduismo. Era un ávido estudioso de los Vedas, la escritura sagrada de los hindúes, pero su conocimiento de ellas no le proporcionaba la respuesta que buscaba, así que renunció a su riqueza y a su estatus y vagó sin un duro durante muchos años buscando una verdad más grande. Un día, mientras estaba sentado en silencio, sintió que recibía una respuesta cuando dejó ir su intelectualidad y experimentó la verdad de la unidad del todo. Esta experiencia cumbre lo cambió, y empezó a enseñar este camino del viaje interior.

Cuando se acercó a un pueblo y una muchedumbre se congregó para escucharlo hablar, se sentó sosteniendo una flor en la mano y no dijo nada. El gentío empezó a impacientarse preguntándose cuándo empezaría a hablar para iluminarlos. Continuó sin decir nada. Después de un rato, una persona estalló en una risotada cuando comprendió lo que el mensaje del silencio del Buda estaba intentando transmitir. El Buda se levantó, le dio la flor al hombre y se fue. ¿El resto del gentío llegó a comprenderlo siquiera? Probablemente no porque, una vez más, estamos condicionados a acercarnos solamente a la verdad a través de escuchar acerca de la verdad.

El Budismo Zen, quizás la secta budista más radicalmente anti-intelectual, pone en marcha a un nuevo estudiante con un “koan”, algo parecido a una adivinanza. Por ejemplo, “¿cuál es el sonido de una palmada?” Puedes hacerte una imagen de ello y lo tonto que parece mientras intentas explicarlo. Los nuevos estudiantes agotan su cerebro durante días buscando una respuesta intelectual y finalmente desisten y van a decírselo al maestro pensando que han fracasado. El maestro les dice que han aprendido con éxito la primera lección porque han aprendido que lo que podemos conocer a través de nuestro intelecto tiene límites. La desgana con que reconocemos y aceptamos esta limitación en Occidente se encuentra resumida en las palabras “Limítate a creer”. Pero creer es una aceptación intelectual de aquello que no se puede corroborar con la evidencia física ni probar con la lógica, y requiere por ello lo que se da en llamar “el saldo de la fe”. Esto no es lo mismo que el conocimiento experiencial que estoy tratando de explicar.

Ahora el estudiante está preparado para emprender el conocimiento interior, y las técnicas de meditación y silencio se empiezan a enseñar y practicar. Creo que este hincapié en el camino del conocimiento interior y las limitaciones del intelecto es una gran contribución de las religiones orientales, pero el propósito del viaje interior está descrito de manera diferente por los místicos occidentales y Jesús. En oriente, el propósito del viaje interior es buscar el silencio total y

disolver tu sensación de que eres un individuo que está separado de todas las otras realidades del mundo. En lugar de verte a ti mismo como un grano de sal cuando se echa al principio en un vaso de agua, te ves a ti mismo después de que la sal se ha disuelto. En otras palabras, no existe la identidad separada. La separación o el yo individual es una ilusión que los budistas llaman "maya". Eres como una gota de agua en el océano, y el océano es un espíritu difuso que impregna toda la vida.

En occidente creemos que el espíritu es un Dios personal, que es el creador y el sostén de toda la realidad. Este Dios da una parte de sí mismo para que resida en cada uno de nosotros y sea nuestro guía durante nuestro viaje hacia el paraíso. Éste es el guía que ilumina la luz interior de la verdad cada vez que la encontramos. Éste es el espíritu interior cuya presencia tratamos de discernir en silencio. Este fragmento de Dios, el Ajustador del Pensamiento, es nuestra conexión con nuestro Padre que está en el Paraíso. Nuestro propósito es ir hacia dentro y buscar la presencia divina a través de la oración, la adoración y el escuchar a Dios. Y cuando la presencia se siente o la suave voz se discierne, hay un conocimiento experiencial que trasciende el conocimiento intelectual.

Finalmente me gustaría hablar sobre la experiencia de Teresa de Ávila. Era muy apasionada en su amor por Dios y trató de comprenderlo mediante la lectura de la Biblia y otros libros, pero no sentía haber encontrado la respuesta que buscaba y su iglesia había prohibido algunos de los libros que quería leer. Un día, estando sentada en silencio, escuchó que la suave voz le decía que ella fuera su propio libro. En otras palabras, no es suficiente con leer libros acerca de Dios. Tienes que ser tu propio libro, basado en tus experiencias personales del viaje interior intentando conocer a Dios.

Ella lo hizo, y describe cómo llegó a "conocer" a Dios experimentando su relación personal con Él en el silencio. Por supuesto que un escéptico podría preguntarle cómo podía saber realmente, pero creo que Teresa sonreiría y diría: "¿Cómo sabe usted que yo no sé?"

Cuando disciernes la verdad contra el conocimiento, te das cuenta de que no tienes que defender la verdad, sino sólo compartirla.

Así pues, mi mensaje de hoy para ti es doble. Primero, ve a comprar un prisma por si alguien te pregunta qué es el amor. Es broma, aunque es una analogía eficaz. Segundo, y por supuesto importantísimo, pasa cada día algún tiempo con Dios. Anota tu "cita divina" en tu agenda diaria. Llámalo silencio, quietud, meditación, oración centrada, contemplación -da lo mismo. "Una rosa con cualquier otro nombre sigue siendo una rosa". Pasa tiempo buscando a Dios en tu interior si quieres realmente "conocer" a Dios. No puedes conocer plenamente a una persona leyendo simplemente acerca de ella, y Dios está esperando paciente, indulgente y amorosamente que acudas a Él y pases algún tiempo con Él. Como beneficio por tu tiempo con Dios, los efectos saludables y

anti-estresantes de tales esfuerzos meditativos están bien corroborados por los estudios médicos y científicos.

Crea tu propia experiencia de primera mano con Dios, y la experiencia de segunda mano de creer en doctrinas religiosas no parecerá tan importante. Tomar conciencia de que todos somos hermanos y hermanas en la familia de Dios se volverá más importante que nuestras diferencias doctrinales. Como Dios le dijo a Teresa: "Sé tu propio libro".

En mis sesenta y dos años en este mundo he acumulado algún conocimiento, pero hay una sola cosa que puedo decir que sé realmente. Aunque siempre la creí en mi mente, nunca la conocí como verdad en mi alma hasta que no empecé el viaje interior. ¿Cuál es esa única verdad que me hace sonreír en cada célula de mi cuerpo? Es "saber", basado en la búsqueda interior, sin ninguna duda, que tú y yo somos hijos del Padre más amoroso imaginable y que Él tiene un lugar en su reino para cada uno de nosotros. Sé que has escuchado esto muchas veces y que crees en ello, pero ¿lo "sabes" realmente en lo más profundo de tu alma, tan profundamente que te ha liberado de tus miedos?

Tal como Albert Einstein dijo de forma tan hermosa: "Quiero conocer los pensamientos de Dios; todo lo demás son pormenores". La cuestión es si estás satisfecho con conocer los pensamientos de Dios a través de libros y de otra gente, o si quieres ir directamente a la fuente.

Gracias por permitirme compartir mi mensaje contigo. Me inclino ante el espíritu que está dentro de ti.

(*) Michael Painter enseña filosofía actualmente en una facultad comunitaria y ejerce como presidente de la Orvonton Society of The Urantia Book Fellowship. Es lector desde hace 36 años y practica la comunión diaria con Dios desde hace 16. Puedes contactar con él en: mpainter@ivytech.edu

Artículo publicado en la revista "The Fellowship Herald", volumen 9, verano de 2008, páginas 18 a 20. The Urantia Book Fellowship, P.O.Box 4583, Grand Central Station, New York, NY 10163 - USA.

(Traducido del inglés por Antonio Moya)